



Capítulo Uno





Me gustaría saber por qué mi madre me puso «Enola», ya que, leído del revés, es *alone*.¹ A mi madre le gustaban, y probablemente sigan gustándole, los códigos, de modo que algo debía de tener en mente, una premonición o una suerte de poco afortunada bendición, o ya tenía planes aunque mi padre todavía no hubiera fallecido.

Fuera lo que fuere, casi cada día de mi vida solía decirme: «Te las arreglarás muy bien tú sola». De hecho, eso era lo que solía decirme a modo de despedida cada vez que salía a pasear por el campo con su cuaderno de esbozos, sus pinceles y sus acuarelas. Y, de hecho, sola es como me dejó cuando, la tarde de julio que cumplí catorce años, no regresó a Ferndell Hall, nuestro hogar.

Como, de todos modos, ya lo estaba celebrando con Lane, el mayordomo, y su esposa, la cocinera, al principio no me sobresaltó la ausencia de mi madre. Aunque cuando nos veíamos, nos mostrábamos cordiales la una con la otra, mamá y yo no solíamos interferir en los asuntos de la otra. Supe que algo urgente la habría retenido, ya que había

1 N. de la T.: *Alone* en inglés significa solo/a

dado instrucciones a la señora Lane para que me entregara unos paquetes a la hora del té.

Los regalos de mamá consistían en:

- Un estuche de dibujo: papel, lápices de grafito, una navaja para sacarles punta y gomas de borrar indias; todo ello presentado en una caja lisa de madera que hacía las veces de caballete;
- Un grueso libro titulado *Los significados de las flores: en el que también se incluyen apuntes sobre los mensajes de los abanicos, los pañuelos, la cera para sellar y los sellos*;
- y un librito sobre códigos mucho más pequeño.

Aunque mi habilidad con el dibujo era bastante limitada, madre me alentaba para que utilizara la poca destreza que tenía. Sabía que me gustaba hacer esbozos, como me gustaba leer todo tipo de libros, sobre cualquier tema. Pero por lo que a códigos se refiere, sabía perfectamente que *no* tenía mucho interés en ellos. Sin embargo, había confeccionado para mí aquel librito con sus propias manos, algo que resultaba evidente por cómo había doblado y cosido las páginas unas con otras, y por cómo las había decorado con pequeñas flores a acuarela.

Era obvio que había trabajado en aquel regalo durante un tiempo considerable. De vez en cuando piensa en mí, me dije a mí misma, con firmeza. Me lo repetí varias veces durante el transcurso de aquella tarde.

Aunque no tenía ni idea de dónde podría estar mamá, esperaba que o bien regresara a casa o bien enviara un mensaje durante la noche. De modo que me quedé plácidamente dormida.

Sin embargo, a la mañana siguiente, Lane negó con la cabeza. No, la señora de la casa no había regresado. No, no había enviado ningún mensaje.

En el exterior caía una lluvia gris, que era como me sentía, cada vez más y más intranquila.

Tras el desayuno, me dirigí de nuevo al piso de arriba, a mi dormitorio, un agradable refugio en el que tanto el armario como el aseo, el vestidor, etcétera, estaban pintados de blanco y decorados con unos ramilletes de flores de color rosa y azul pintados en los bordes. La gente solía denominarlos «mobiliario de campo», muebles baratos ideales para una niña, aunque a mí me gustaban. Casi siempre.

Pero no aquel día.

No podía quedarme encerrada; de hecho, ni siquiera pude permanecer sentada, salvo para calzarme a toda prisa las botas de agua encima de los botines. Llevaba camisa y pantalones, ropa cómoda que había pertenecido a mis hermanos mayores, y un impermeable por encima. Ataviada de goma, bajé a grandes zancadas para coger un paraguas del vestíbulo. Salí por la puerta de la cocina mientras le decía a la señora Lane: «Voy a echar un vistazo afuera».

Qué extraño; eran exactamente las mismas palabras que pronunciaba casi a diario cuando salía a buscar... cosas. Aunque, por regla general, no sabía exactamente qué. Cualquier cosa. Trepaba a los árboles para ver lo que podría haber allí: cáscaras vacías de caracoles de color amarillo y marrón rojizo, cáscaras de nuez, nidos de pájaro. Y, si encontraba el nido de una urraca, buscaba cosas en su interior: botones de zapatos, trozos de lazos brillantes, el pendiente que alguien habría perdido. Hacía como si se hubiera perdido algo de gran valor y yo lo estuviera buscando...

La diferencia era que esta vez no estaba fingiendo.

La señora Lane también sabía que esta vez era diferente. Debería haberme preguntado: «¿Dónde está su sombrero, señorita Enola?», porque nunca llevaba uno puesto. Pero no me dijo nada cuando me vio salir.

Cuando salí a buscar a mi madre.

Estaba realmente convencida que podría encontrarla.

En cuanto ya no se me podía ver desde la cocina, empecé a correr de un lado a otro como si fuera un perro *beagle*, en busca de cualquier señal de mamá. El día anterior por la mañana, al ser mi cumpleaños, me habían permitido quedarme más rato en la cama, así que no había visto salir a mamá. Pero pensé que, si como era habitual en ella, se había pasado unas cuantas horas haciendo esbozos de estudios de flores y plantas, el primer lugar en la que debía buscarla era en los terrenos de Ferndell.

A mamá le gustaba que en sus tierras las cosas crecieran a su aire. Paseé por los jardines de flores silvestres, los caminos campestres invadidos por la cebada y las zarzas, árboles rodeados de parras de vid y de hiedra. Y el cielo gris no cesaba de verter sus lágrimas de lluvia sobre mí.

El viejo *collie*, Reginald, me acompañó hasta que se cansó de mojarse y se marchó en busca de refugio. Criatura sensata. Calada hasta los huesos, sabía que tenía que hacer lo mismo, pero no podía. Mi ansiedad se aceleraba, como se aceleraban mis pasos, hasta que se apoderó de mí un nuevo terror, como si me hubieran abofeteado. Me aterrorizaba la idea de que mi madre estuviera por allí, herida o enferma o... no podía negar el pavor que sentía, ya que mamá no era precisamente joven... podría haber sufrido un ataque al corazón. Podría estar... pero no, no podía ser tan negativa; había otras palabras. Fallecida. Desaparecida. Se ha ido. Se ha reunido con mi padre.

No, por favor.

Podrías pensar que por el hecho de que mi madre y yo no estuviéramos muy «unidas» no me importaba mucho que hubiese desaparecido. Todo lo contrario; me sentía fatal, porque creía que sería culpa mía si le ocurriera algo malo. Siempre me sentía culpable por... por todo. Por respirar, por haber nacido indecentemente tarde en la vida de mi madre, un escándalo, una carga, ya sabéis. Pero yo siempre había pensado que la recompensaría en cuanto me hiciera mayor. Algún día esperaba poder convertir de algún modo mi vida en una luz brillante que me elevaría por encima de aquella bruma de desgracias.

Y entonces, mi madre me querría.

De modo que tenía que estar viva.

Y yo *debía* encontrarla.

En mi búsqueda, crucé el bosque donde generaciones de caballeros habían cazado liebres y urogallos; subí y bajé la cueva en forma de colina, la roca cubierta de helechos por la que la propiedad recibía su nombre,² un lugar que adoraba, aunque aquel día no me quedé allí rezagada. Seguí caminando hasta las lindes del campo, donde terminaba el bosque y empezaban las tierras de cultivo.

Y seguí buscando por aquellos terrenos, ya que era muy posible que mamá hubiera tomado esa dirección en busca de flores. Al no estar muy lejos de la ciudad, los arrendatarios de Ferndell se dedicaban a cultivar jacintos de los bosques, pensamientos y azucenas en lugar de vegetales, ya que de este modo les era más fácil prosperar suministrando flores frescas a diario a Covent Garden. Allí crecían las rosas, se cultivaban corepsis, campos de zinnias de colores llameantes y amapolas, todas ellas destinadas a Londres. Observando los campos inundados por las flores, soñaba

2 N. de la T.: La propiedad se llama Ferndell y *fern* significa helecho.

con una ciudad brillante donde cada día las sirvientas sonrientes depositaban ramos frescos en cada una de las habitaciones de las mansiones, donde cada noche las señoras y las damas de la aristocracia se aposentaban y perfumaban sus cabellos y sus vestidos con anémonas y violetas. Londres, donde...

Pero aquel día, los campos de flores soportaban el aguacero y mis sueños de Londres no duraron más que uno o dos suspiros antes de evaporarse como la niebla que se elevaba entre los campos. Los vastos campos. Las millas de campos.

¿Dónde estaba mi madre?

¿Sabéis? En mis sueños —los sueños sobre mi madre, no los sueños sobre Londres— soy yo quien la encuentra, me convierto en una heroína y ella me mira con gratitud y adoración cuando la rescato.

Pero no son más que sueños y yo soy una tonta.

De momento solo la he buscado por una cuarta parte de la propiedad, ni mucho menos por las tierras de cultivos. Si mamá estuviera herida en algún lugar, ya se habría convertido en un fantasma antes que yo pudiera encontrarla.

Me doy la vuelta y me apresuro a regresar a casa.

Allí, el señor y la señora Lane se abalanzan sobre mí como si fueran dos palomitas en su nido de amor, él despojándome del abrigo empapado, del paraguas y de las botas de agua, y ella empujándome hacia la cocina para que entre en calor. Aunque reñirme está fuera de lugar, no ahorra esfuerzos en hacerme ver cuál era su punto de vista.

—Una persona tendría que ser tonta para permanecer bajo la lluvia durante horas —dijo hablándole a la cocina de carbón mientras retiraba una de las tapas—. No importa si esa persona pertenece a la aristocracia o no. Si coge frío, puede morir. —Esto último se lo dijo a la tetera que esta-

ba colocando sobre el fogón—. La tuberculosis no siente ningún respeto por las personas ni por las circunstancias. —Ahora se dirige a la cajita del té. No era necesario que le respondiera, pues no estaba hablando conmigo. No tenía permitido decirme semejantes cosas—. Está muy bien que una persona tenga ideas propias pero no hay necesidad de coger anginas, una pleuritis, una neumonía o algo peor. —A las tazas de té. Se dio la vuelta y me miró, cambiando el tono por completo—. Discúlpeme, señorita Enola, ¿quiere almorzar? ¿Por qué no acerca la silla un poco más a la estufa?

—Porque me asaría como una tostada. No, no quiero almorzar. ¿Se sabe algo de mamá? —Aunque ya sabía la respuesta de antemano, ya que si el señor o la señora Lane hubieran sabido algo me lo habrían contado inmediatamente. Aun así, no pude evitar preguntárselo.

—Nada, señorita —dijo la señora Lane envolviéndose las manos con el delantal como si estuviera arropando a un bebé.

—Entonces, debo tomar unas cuantas notas —dije mientras me ponía en pie.

—Señorita Enola, el fuego de la biblioteca no está encendido. Permítame que le traiga las cosas aquí, a esta mesa.

Me alegré de no tener que sentarme en la gran silla de cuero de aquella oscura habitación. La señora Lane trajo a la cálida cocina papel gravado con el escudo de la familia, la tinta y la estilográfica del despacho de la biblioteca, junto con papel de secar.

Tras untar con tinta la punta de la estilográfica, escribí unas cuantas líneas a la policía local, informándoles de que al parecer mi madre se había extraviado y solicitándoles que, por favor, organizaran su búsqueda.

Luego me quedé pensando si era aquello lo que debía hacer.

Por desgracia, sí. No podía posponerlo más.

Con más calma, escribí otra nota, una que pronto volaría muchas millas en forma de telegrama que imprimiría un teletipo como el que sigue:

LADY EUDORIA VERNET HOLMES DESAPARECIDA DESDE AYER STOP POR FAVOR CONSEJO STOP ENOLA HOLMES

Envié el telegrama a Mycroft Holmes, de Pall Mall, en Londres.

Y el mismo mensaje fue enviado a Sherlock Holmes, de Baker Street, también en Londres.

Mis hermanos.